

RECENSIONES

JOSÉ LUIS L. ARANGUREN: *El futuro de la Universidad*, Ed. Taurus (Col. Cuadernos), Madrid, 1962, 51 páginas.

La Universidad, y en general la enseñanza, es uno de los problemas que en un próximo futuro habrá de replantearse más a fondo: la democratización de la enseñanza, en su doble faceta de acceso popular a ella y de orientación para el interés general, exigirá, sin duda, cambios fundamentales en su actual estructuración. La necesaria reforma universitaria ha de realizarse, por supuesto, sobre bases realistas: en este sentido, este importante ensayo del profesor Aranguren suministra clara y precisa información de las directrices que parecen guiar el sentido de la actual evolución de la Universidad. "Yo no pretendo decir —advierte desde el principio Aranguren— lo que, en abstracto, *debe ser* la Universidad, presentar un *desideratum* universitario. Esta tarea ha sido cumplida ya. Mi propósito es moverme en esa zona, modesta e indecisa, pero realista, que se extiende desde lo que *puede ser* hasta lo que *va a ser*".

Su esquema —consciente de las limitaciones que toda esquematización supone— es el de Augusto Comte (ley de los tres estadios) aplicado a la historia de la Universidad: hubo, dirá Aranguren, una Universidad teológica, después una Universidad metafísica y, finalmente, una Univer-

sidad positiva. Desde la creación de las primeras Universidades y durante toda la Edad Media, la Universidad, concorde con la cobertura cristiana de la sociedad, es, de modo natural y lógico, una Universidad teológica. Con el comienzo de la Edad Moderna quiebra la concordancia teológica de Universidad y sociedad; la sociedad pasa al estadio metafísico pero la Universidad permanece hasta el mismo siglo XIX en el estadio teológico. "Por esta razón, escribe Aranguren, la filosofía y la ciencia moderna se han hecho, desde el siglo XVI al XVIII, fuera de la Universidad y aún en contra de ella. La Universidad ha sido durante ese decisivo período el reducto del estadio teológico".

La Universidad pasa de teológica a metafísica en el siglo XIX: "El siglo XIX y el primer tercio del nuestro han constituido la gran época de la Universidad, porque han sido la culminación del estadio metafísico"; éste, dice Aranguren, no ha de entenderse como eliminación de todo vestigio teológico y religioso, sino fundamentalmente como separación de los estudios civiles y eclesiásticos y, sobre todo, como conversión de la religión en un asunto estrictamente privado. Pero hoy —pasado el primer tercio del siglo XX— estamos ya en la crisis de la Universidad metafísica y en el comienzo de la Universidad positiva. "La metafísica —toda suerte de metafísica recibida— señala Aran-

guren, que fué vivida como liberadora, se ha tornado hoy "ideológica" y, por tanto, encadenadora"; "por eso, añade, la Universidad tiene que ser hoy, en primer término, el lugar de la lucha por la liberación de esos fundamentos y esas síntesis intelectuales ya invalidas. (...) La Universidad tiene que ser hoy crítica y disolutoria de todo pseudodeber, es decir, analítica".

Estamos, pues, en el estadio positivo de la Universidad; "Las ciencias positivas no invaden todo, pues querámoslo o no, hemos entrado en el estadio positivo, de repulsa de la metafísica especulante, que se alimenta de sí misma. La filosofía actual, dice el prof. Aranguren, tiene que pasar por la ciencia y no es, en definitiva, sino la ciencia en cuanto que se pone a sí misma en cuestión y se constituye en vigilante de sí misma, en su fundamento y en su problemática totalización. La Universidad de nuestro tiempo, para realizar una labor *positiva*, tiene que hacerse mucho más *positiva* que lo que ahora es".

Es importante resumir el juicio del prof. Aranguren sobre dos casos concretos de restos "metafísicos" anacrónicos en la Universidad española actual: Uno referido a las Facultades de "Filosofía y Letras", otro a las de Derecho. El primero está aludiendo a "la filosofía unida a las letras, a las viejas humanidades y completamente alejada de las ciencias. ¿Responde esto a la realidad actual?, se pregunta. Evidentemente no. (...) Y añade: "La filosofía *necesita* nutrirse de la materia positiva que sólo pueden suministrarle, por un lado, el conocimiento científico de la naturaleza, y por otro, el conocimiento científico del hombre, es decir, las que empiezan a ser llamadas "nuevas humanidades". Algo similar ocurre en los estudios de la Facultad de Derecho; escribe Aranguren: "el patrón de "Derecho" no ha dejado aún de ser el Derecho romano, con todo lo que esto significa de anacrónico y antisocial. Más allá de él se dispone

todavía de otro arquetipo, el del Derecho natural, y aún cuando se renuncie a éste, el sistema normativo aparece a los juristas como autosuficiente, en su carácter de *ius positum*. Dentro de esta Facultad se estudia ampliamente la Filosofía del Derecho, no solamente en asignatura especial, sino en cada una de las otras disciplinas; pero, hace notar Aranguren, no se someten nunca las normas a un análisis lógico, con sentido moderno, ni se enseña una sociología del derecho y una ciencia política. La Universidad, en sus secciones de filosofía y derecho, tiene que abandonar ese aspecto, entre "metafísico" y "literario" o "retórico", que presenta hoy. Esto sólo puede lograrse, dice, mediante la aplicación a una y otra de la precisión infinitesimal de la lógica moderna y mediante el estrecho contacto con las llamadas "ciencias humanas" o "nuevas humanidades". La antropología, la psicología positiva, el psicoanálisis, y, puesto que el hombre es constitutivamente social, la psicología social, la sociología y la antropología cultural, por lo que se refiere a los estudios filosóficos; y la sociología del derecho, la ciencia política, la ciencia de la Administración y la Economía política, por lo que se refiere a los estudios jurídicos, deben cobrar una importancia capital en los nuevos planes universitarios".

Partiendo de esta perspectiva actual de la Universidad positiva, afirma Aranguren, que "la Universidad del futuro, abierta de par en par a la realidad social, tendrá que ponerse al servicio del país y no a la inversa, como hasta ahora ha ocurrido". Se alude con esto a la crisis de la Universidad académica; la Universidad metafísica era Universidad académica; la crisis de una es también crisis de otra; es el fin de la cultura humanística montada, como un lujo, en el ocio y en el estudio y sostenida gracias al trabajo de los que ningún acceso a dicha cultura tenían. Hoy la idea central es la democratización de la enseñanza.

Con esto ha cambiado también el sentido y el carácter de la relación profesores-alumnos; ha cambiado también el prototipo del profesor: "El 'sabio', el 'maestro', dice Aranguren, desaparecen y son sustituidos por el 'profesor' que enseña unas técnicas y por el 'investigador' que siente la necesidad de trabajar en equipo e incluso de asemejarse al técnico, con la mira puesta en el rendimiento y en ser eficaz". En la Universidad metafísica lo importante era la "comunicación" maestro-discípulo, el "seminario" (el estudiante como una planta que se desarrolla sobre las "semillas" sembradas) y lo que Aranguren, ironizando, denomina "la dirección espiritual laica" que asume el maestro con respecto a algunos de sus alumnos. En la Universidad positiva, en cambio, la conexión maestro-discípulo parece ser quizás menos íntima y personal y más de trabajo en equipo y colaboración técnica. Aranguren sintetiza así la evolución: "Dentro del estadio teológico el acento estaba puesto, inequívoca y rotundamente, en el maestro. El estadio metafísico establece un cierto equilibrio entre la significación del maestro y la de discípulo en cuanto que el acento se pone más en la *relación* misma entre ambos que en el uno o en el otro, tomados por separado. El estadio positivo ha de ser, parece, de claro predominio del papel del alumno, del estudiante"; "los profesores, añade, continúan enseñando, claro está; pero lo que enseñan son, por lo general, meras técnicas, simples métodos".

Punto central de este estudio del prof. Aranguren, estudio sumamente orientador y lleno de sugerencias para ulteriores puntos concretos a desarrollar, es el problema de las llamadas Universidades libres; con referencia a la situación española actual de esta debatida cuestión, el prof. Aranguren muestra cómo el intento de las llamadas Universidades libres es además de anacrónico, totalmente ineficaz para lograr una renovación y revitalización de la enseñanza su-

perior y de la investigación; por otra parte, la modalidad adoptada en nuestro país (Universidad del Opus Dei en Pamplona) presenta incluso graves inconvenientes desde un punto de vista ético-religioso.

Explica Aranguren correctamente cómo la llamada Universidad libre tiene sentido únicamente dentro de un sistema político liberal: "Sus presupuestos son, pues, dos, inseparables uno del otro: Instrucción pública con Universidades estatales y liberalismo. El liberalismo extremo reclamaba que la enseñanza estatal fuese neutral, es decir, laica. Ahora bien, dice Aranguren, la neutralidad religiosa es imposible; (...) Por tanto si la Universidad estatal del siglo XIX, al pretender hacerse laica, tenía que resultar, inevitablemente anticlerical e irreligiosa, el principio liberal quedaba incumplido. Por eso se hacía necesaria la concesión de Universidades libres confesionales (católicas, protestantes, etc.). A partir de los mismos supuestos —Instrucción pública y liberalismo— el problema podía resolverse, en el caso de una sociedad de mayoría homogéneamente religiosa, a favor de la enseñanza estatal confesional, a condición de que, entonces, se autorizasen centros de enseñanza libres, es decir, en el supuesto de un país católico, Universidades no católicas (laicas, protestantes, etc.);"

"La pretensión de querer beneficiarse, *a la vez*, de estos dos estatutos jurídicos opuestos, no tiene sentido en el contexto liberal —único dentro del cual caben Universidades "libres"—, y representa, escribe el profesor Aranguren, un orden católico docente elevado a la segunda potencia, puesto que monta sobre el plano de una Universidad católica estatal... un segundo plano de Universidades *más* católicas aún, estableciendo así un *surenchère*, una especie de puja de supercatolicismo". Y esto es precisamente lo que está ocurriendo actualmente en España.

Fuera de un sistema liberal —hoy superado en su forma individualista a través del fenómeno de la sociali-

zación— las “Universidades libres” carecen, pues, de sentido; en el mundo actual y, sobre todo, en su evolución para el futuro, parecen tener cada vez menores posibilidades. En un mundo de clara tendencia socializadora, “la Universidad, escribe Aranguren, debe ser libre, sí, del Estado, es decir, políticamente descentralizada; pero nadie más que él puede mantenerla y administrarla, aunque, por supuesto, sin pretensiones de ingerencia, sino como puro servicio público”. Este tipo de Universidad que, por otra parte, ha de ser una Universidad politizada (“es quimérico, escribe Aranguren, el intento de su despolitización”), debe asentarse sobre una sociedad y un sistema político democrático: sólo un Estado democrático tiene base para sostener como “puro servicio público” una Universidad politizada sin pretender, por otra parte excesivas ingerencias sobre ella. Cabría además, hacer observar que cuanto más democrático sea el sistema menos “roces” producirán las “ingerencias” del Estado en la Universidad.

ELÍAS DÍAZ

VICENTE CACHO VIU: *La Institución Libre de Enseñanza. I: Orígenes y etapa universitaria (1860-1881)*, Ediciones Rialp, Madrid, 1962.

El tema “Institución Libre de Enseñanza” implica en seguida el planteamiento y valoración de todo el mundo ideológico, intelectual y político de la España del siglo XIX y también de la de nuestros días: es, pues, un tema sobre el que existen amplias discrepancias de interpretación. El historiador, como todo científico, es cierto, debe ser objetivo: pero, sobre todo en ciertos temas, hacer de la objetividad sinónimo de neutralidad o indiferencia no es exacto en modo alguno; nadie resulta engañado y todo el mundo sabe desde qué punto de vista, desde qué preferencias ideológicas estudia el historiador un determinado tema. Na-

rrar todos, absolutamente todos los hechos sería acercarnos algo a la objetividad; no sería llegar a ella porque siempre quedan las motivaciones y las intenciones de esos hechos. Pero ya sabemos que no es posible aportar todos los hechos y que, por tanto, en la misma selección de datos o de fuentes hay ya un límite a la objetividad. Esta advertencia realista ante la “ilusión objetivista”, no significa, por supuesto, que no se deba intentar ser lo más objetivo posible.

Está bien que ni el autor en su “Advertencia preliminar” ni Florentino Pérez-Embid en el “Prólogo” a la obra, hayan insistido en el tema de la objetividad. Cacho Viu habla únicamente del “respeto, la comprensión y el amor a la verdad que he procurado inspirar en todo momento los juicios emitidos”; Pérez-Embid, por su parte, ya más indicativo, califica al libro de “ecuaníme en la matización de la simpatía inicial con que aborda el estudio del tema”. ¿Cuál es esa “simpatía inicial”? No hay por qué ocultar que el nombre de la Editorial ayuda en esta tarea; eso ocurre siempre y, por otra parte, ya hemos dicho que consideramos totalmente lícito, y además casi inevitable, partir de una cierta “simpatía inicial”, es decir de una plataforma ideológica más o menos determinada, que en este caso es la del catolicismo ultraconservador vinculado al “Opus Dei”.

Conociendo el punto de vista del autor, resulta más fácil para el lector situar el tema y comprender sus implicaciones. El prólogo de Pérez-Embid puede servir para ver la orientación de Cacho Viu; según él son tres las grandes corrientes culturales del siglo XIX español: el pensamiento tradicional, la heterodoxia de la izquierda burguesa (aquí incluye a la “Institución”) y las teorías de la revolución social u obrerismo marxista; de la lectura del libro se desprende claramente que el autor está más bien con el llamado pensamiento tradicional; es preciso quizás concretar algo más: no se piense en un